

JURO POR APOLO

BEGOÑA RODRÍGUEZ IDÍGORAS

I.E.S, Torre Atalaya, Málaga

brodriguez@yahoo.es

Resumen

En JURO POR APOLO se exponen las bases históricas de gran parte del ejercicio de la medicina occidental. Se parte de la medicina prehipocrática pasando por la ejercida por Asclepio en una época donde los hombres, los héroes y los dioses están juntos y revueltos, confundiéndose muchas veces sus papeles. Se expone el trabajo tanto de los científicos como de las propias escuelas médicas (Cnido, Cos), estableciéndose la importancia del *Corpus Hippocraticum* en un momento en que la feminización de la medicina era pura entelequia, resaltándose la importancia de la primera mujer que se atrevió a ejercerla utilizando determinadas astucias, Agnódice.

El saber médico griego se engarza, merced a la emigración médica, con la medicina en Roma, teniendo entonces interés las teorías de Galeno, que perduraron durante varios siglos. Se presentan los primeros anatomistas, los arriesgados cirujanos romanos, que van terminando con el rol del *pater familiae*. Es el tiempo de las *valetudinarias* (primeros hospitales de guerra), germen de los hospitales civiles.

La medicina griega no sólo se difunde hacia Roma sino que se extiende a Alejandría bajo la base de la ciencia anatómica.

El Juramento Hipocrático engarza, como hilo conductor del artículo, las diferentes formas regionales del ejercicio de la medicina.

Palabras clave

Medicina hipocrática, Asclepio, feminización medicina, Galeno, Alejandría.

Juro por Apolo médico, por Esculapio y Panacea, y por todos los dioses y diosas, a quienes pongo por testigo de la observancia del presente juramento, que me obligo a cumplir lo que ofrezco, con todas mis fuerzas y mi voluntad.

Inicio del Juramento Hipocrático

La medicina prehipocrática vincula la salud y la enfermedad a la voluntad y al capricho de los dioses. La cólera divina era causante de las dolencias humanas, que sólo cesaban si estos eran capaces de aplacarla. Salvo ciertas pequeñas operaciones quirúrgicas, como la extracción de puntas de flechas y el acompañamiento de las parturientas, no había nada más que se pudiera hacer para lograr la sanación o el alivio del paciente. Nada salvo acudir a los *asclepia*. El mismo Sócrates, ya en el período hipocrático, cuando iba a morir mandó un gallo a Asclepio, como pago o agradecimiento por alguno de sus servicios, del que debía sentirse deudor¹.

Antes de Hipócrates la única confianza en la sanación la encontraban los griegos en Asclepio. Sus orígenes, de naturaleza semidivina, y la formación que recibió, hicieron que su eficacia sanadora fuera superior a la que hasta su nacimiento tenían los dioses del Olimpo, y fue este el motivo por el cual, el que fue semihombre al nacer, fuera elevado a la categoría de dios. Como en su naturaleza se mezcla lo humano y lo divino, su historia merece ser narrada con detalle².

Se encontraba Corónide bañándose en las orillas del lago Beodes, cuando fue sorprendida por Apolo, que ante la belleza de su cuerpo desnudo inevitablemente se enamoró de ella y la embarazó. Pero Corónide amaba a Isquis, y aprovechando la ausencia de Apolo, la pasión se desata entre ellos. Cuando Apolo conoce que ha sido deshonrado entra en cólera, pero es su hermana Artemisa quien ejecuta la venganza, poniendo fin a la vida de Corónide con una flecha envenenada. Pero la muerte de la madre no significó la del hijo. Hermes extrae del cadáver de Corónide al hijo, que es entregado a Apolo. Este niño, nacido por cesárea, es Asclepio.

Apolo encarga al centauro Quirón que cuide y críe al niño. Durante su infancia y adolescencia el centauro enseña a Asclepio el arte de curar, y a tal arte se dedicarán él y sus descendientes. Los cinco hijos que tuvo con su esposa Epíone continuaron con la labor iniciada por el padre, pero sin extralimitarse en sus cometidos tal como hizo Asclepio alguna vez, pues cuando, a pesar de sus esfuerzos, el paciente moría, el hijo de Apolo burlaba a la enfermedad resucitando al difunto paciente. Esta práctica encolerizó a Hades, dios de los Infiernos, pues no podía consentir que el Averno perdiera tanta clientela. Y por ello se queja a Zeus, quien comprende los problemas demográficos que el celo profesional de Asclepio estaba provocando, y decide ponerle fin, matando al médico con un rayo.

¹ Platón, *Fedón*, Akal, Madrid, 2005, pág., 210.

² El la *Iliada* Asclepio es un rey que contribuye a la guerra de Troya. En la época de Hesíodo era ya considerado el dios de la salud.

Desaparecido Asclepio, los enfermos no se sintieron abandonados ni se resignaron a su mala suerte, pues seguía existiendo una vía de comunicación con la divinidad. Esta se encontraba en los *asclepia*, templos en los que se veneraba al dios sanador. Los *asclepia* aparecieron en torno al siglo VI a. C., seguramente en Telasia. Asclepio no tuvo culto en la isla de Cos, lugar de nacimiento de Hipócrates, hasta el siglo IV, después de la muerte del médico.

En los templos, la ceremonia comenzaba a la puesta de sol. Cuando el enfermo llegaba a él, junto a la necesaria ofrenda, se realizaba un ritual que preparaba al paciente para el descanso nocturno (baños, masajes...), los sacerdotes le suministraban drogas, que le inducían a un estado de somnolencia. Durante el sueño el dios se aparecía al enfermo, y entonces o bien era sanado en ese mismo momento, o le comunicaba qué remedios debía utilizar para recuperar la salud. Más tarde, el sacerdote se encargaba de interpretar el sueño y prescribir el tratamiento. Antes de abandonar el templo, el paciente, con esperanzas renovadas, ofrecía de nuevo una ofrenda, pero esta vez con su nombre, así como la enfermedad que padecía y el modo de su curación. Como puede imaginarse, estas peculiares historias clínicas fueron valiosísimas no sólo para los sacerdotes, cuyo principal papel era el de mediador entre el enfermo y la divinidad, sino también para los primeros médicos jonios, aquellos que a partir del estudio de las historias y la observación directa de los enfermos en el templo racionalizan la enfermedad, desafiando ya sin miedo la ira de los dioses.

En el periodo presocrático, una vez que la idea de arbitrariedad fue suplantada por la de necesidad, surgen los primeros médicos que abandonan la sugestión y la hipnosis como métodos curativos, e inician el complejo camino de concatenar causas y efectos, para comprender cuál es el origen del dolor y de qué forma sanar el cuerpo enfermo.

Estos sanadores observan, reflexionan y toman decisiones, acertadas o no, sobre el tratamiento que estiman óptimo. Su papel de mediador entre la divinidad y el paciente desaparece, pues asumen la responsabilidad sobre la salud y la enfermedad. Curar ya no es interpretar un sueño, es algo indudablemente más complejo, arriesgado y también íntimo entre paciente y enfermo.

Evidentemente, la racionalización de la enfermedad no supuso el abandono del culto a Asclepio. Hacia el 500 a. C. existían más de 300 templos dedicados a su culto, en Atenas, Pérgamo, Epidauró, entre otros lugares.

Coincidiendo con el periodo presocrático surgen las primeras escuelas de medicina, que no deben entenderse como centros de enseñanza sino

como un lugar común para estos primeros profesionales. Ya a finales del siglo VI destacan entre otras las escuelas de Crotona, Cnido y Cos.

Alcmeón de Crotona (VI-V a. C.) puede considerarse el primer científico en materia médica, especialmente en fisiología. Descubre el nervio óptico, la conexión entre el cerebro y los sentidos y, lo que a mi juicio es lo más brillante, que el cerebro es el sustrato de la memoria y el pensamiento. Además, afirmó que las arterias estaban vacías y las venas llenas de sangre. Afortunadamente, se conservan de él algunos fragmentos en los que se aprecia claramente una concepción de la enfermedad y de la salud en términos de equilibrio y desequilibrio:

La salud está sostenida por el desequilibrio de las potencias: lo húmedo y lo seco, lo frío y lo cálido, lo amargo y lo dulce, y las demás. El predominio de una de ellas es causa de la enfermedad; pues tal predominio de una de las dos es pernicioso. En lo tocante a su causa, la enfermedad sobreviene a consecuencia de un exceso de calor o de frío; y en lo concerniente a su motivo, por exceso o defecto de la alimentación; pero en lo que atañe al dónde, tiene su sede en la sangre, en la médula o en el encéfalo. A veces se originan las enfermedades por obra de causas externas: por la peculiaridad del agua de la comarca, por esfuerzos excesivos, forzosidad o causas análogas. La salud, por el contrario, consiste en la bien proporcionada mezcla de cualidades³.

Las escuelas de Cnido y de Cos enfrentaban la enfermedad de forma diferente. La metodología terapéutica de la primera consistía en diagnosticar en primer lugar y aplicar después un tratamiento previamente fijado y establecido. Las enfermedades eran interpretadas según el órgano afectado. Estos médicos se centran más en la enfermedad que en el enfermo. Eurifonte, Ctesias y Polícrito de Mende son sus principales representantes. Hipócrates es el principal representante de la escuela de Cos. El esplendor de esta escuela coincide con la edad de oro helenística. Ya en vida, Hipócrates fue considerado el más prestigioso médico de la época, de ahí que la práctica médica posterior a Alcmeón tome de él su nombre, medicina hipocrática.

La principal característica de la escuela de Cos era la minuciosidad de sus observaciones. El médico permanecía junto al paciente, estando atento con todos los sentidos a los diferentes síntomas que el mal iba manifestando. El estudio del enfermo debe hacerse «con la vista, con el tacto, con el oído, con la nariz, con la lengua, con el entendimiento; con lo que puede conocer todo aquello que conocemos»⁴.

³ P. Laín Entralgo, *Historia de la Medicina*, Salvat, Barcelona, 1982, pág. 93.

⁴ J. M. López Piñero, *Historia de la Medicina*, Historia 16, Madrid, 1990, pág. 16.

Estas historias clínicas rebosantes de detalles van a permitir al médico determinar la terapéutica y el pronóstico del paciente, cómo restablecer el equilibrio de los humores y si éste es posible.

Los médicos hipocráticos sostenían la teoría de los cuatro humores. El cuerpo está formado por cuatro elementos, aire, tierra, fuego y agua, a los que se asocian cuatro humores, bilis negra, sangre, bilis amarilla y flema. Cada uno posee cualidades de los elementos: así, la sangre es caliente y seca, como el aire; la bilis negra, húmeda, como la tierra; la flema fría y húmeda, como el agua, y la bilis amarilla seca, como el fuego. La sangre se origina en el corazón, la bilis negra en el bazo, la flema en el cerebro y la bilis amarilla en el hígado.

Cuando los humores se encuentran mezclados en el lugar y la proporción adecuada, el organismo está sano; pero cuando ésta se altera, modificando la proporción, el médico se encuentra ante un cuerpo enfermo. Es entonces cuando la práctica médica debe comenzar.

A diferencia de la escuela de Cnido, el médico de Cos no realiza diagnóstico, su función se limita a la atenta observación, que será el medio que empleará el médico para restaurar la proporción de los humores. Si los médicos de Cnido curaban aplicando un tratamiento establecido, los médicos hipocráticos observan los síntomas con el objeto de identificar el momento de la crisis, y entonces actuar. Estas diferencias se sustentan en la noción hipocrática de que el cuerpo tiende a curarse a sí mismo, es decir, a restablecer la proporción de los humores. Por ello el médico ha de estar muy atento a la enfermedad, observando con todos los sentidos cómo el cuerpo trata de alcanzar nuevamente la proporción, liberándose de los humores perjudiciales. Justo en el momento en el que el cuerpo empieza a separar los humores malignos, el médico debe actuar: «Observarlo todo, estudiar al paciente más que a la enfermedad, hacer una evaluación imparcial y ayudar a la naturaleza»⁵.

Esto significa que se ha de tener en cuenta el aspecto del enfermo, su forma de vida y el lugar en el que habita, su dieta, costumbres y hábitos, edad, el tiempo que dedica al descanso y los propios sueños.

La terapéutica hipocrática puede resumirse en tres tipos de actuaciones: dieta, fármacos y cirugía. La dieta era la prescripción principal, entendiéndose como tal no sólo modificaciones en la alimentación sino también en el régimen de vida. Los fármacos principalmente empleados eran narcóticos y purgantes, pues se consideraba que facilitarían la eliminación de humores alterados. En cuanto a la cirugía, eran tratables los tumores,

⁵ A. Rodríguez Cabezas y M. Rodríguez Idígoras, *Historia Ilustrada de la Medicina*, Algazara, Málaga, 1996, pág. 44.

fístulas, úlceras y hemorroides así como la reducción de fracturas y el drenaje de abscesos.

La observación no fue sólo el pilar central del tratamiento del enfermo sino también del pronóstico, pues cuatro eran las formas posibles de terminar con la enfermedad: la curación total, la salud suficiente, la incurabilidad y la muerte: «Yo no hago adivinación, yo describo los signos que permiten conjeturar qué enfermos sanarán y cuáles morirán»⁶.

Todo el saber de los médicos hipocráticos fue recogido en el *Corpus Hippocraticum*. Aunque pudiera pensarse que la autoría corresponde a Hipócrates, en realidad se trata de escritos de muchos autores de las escuelas de Cnido, Sicilia y Cos. El texto incluye 40 historias clínicas en 72 libros de diferentes materias: cirugía, ginecología y obstetricia, psiquiatría, anatomía, patología, ética médica... Sirvan como ejemplo del contenido de la obra las siguientes consideraciones que allí se encuentran. Las heridas son claramente descritas y los diferentes métodos empleados para su curación claramente explicados. Para desinfectar se usaban ungüentos que contenían vino. Las heridas abiertas se vendaban para provocar infecciones con formación de pus, pues se había observado que los forúnculos se curaban cuando salía pus. Si se va a realizar una cirugía, tan importante debe ser la mano como el ojo del médico. Los dientes se fijaban con hilo de oro. Aunque las descripciones de las vísceras son escasas, el corazón es descrito, mencionándose el pericardio y el miocardio. Existen referencias a ciertas enfermedades mentales, como la epilepsia, el *delirium tremens*, la depresión y la ansiedad. El parto se realizaba con la mujer arrodillada sobre un taburete. Si el feto era femenino se debía a que el «semen» procedía del ovario izquierdo, y si se trataba de un feto masculino, del derecho. Los fetos de siete meses tienen más posibilidades de sobrevivir que los de ocho. Las causas de las enfermedades pueden ser internas o externas (higiene personal, dieta, clima...). El calor del cuerpo procede del aire de los pulmones y la visión del cristalino. El médico ha de ser afable y a la vez reservado, debe tener buen aspecto y color, estar aseado e ir bien vestido y perfumado. Sirva como ilustración de lo dicho el siguiente aforismo: «Aún cuando consideran su enfermedad grave, muchos pacientes se curan sólo en virtud de la satisfacción que les produce un médico que les comprende»⁷, a lo que es necesario añadir que además ha cobrado por adelantado. Sin embargo, para evitar disputas, Hipócrates recomienda:

⁶ P. Gargantilla Madera, *Manual de Historia de la Medicina*, Grupo Editorial 33, Málaga, 2008, pág. 90.

⁷ P. Gargantilla Madera, *op. cit.*, pág. 86.

no solicitar demasiado, sino tener en cuenta los medios y las posibilidades del paciente. En algunas circunstancias, el médico debe dar tratamiento sin recibir nada a cambio. Es preferible culpar a los que se escapan, que perder el tiempo discutiendo con los que se encuentran en peligro⁸.

Por último, en relación al Juramento Hipocrático, nadie atribuye su autoría a Hipócrates. Lyons y Petrucelli sostienen que fue realizado por un grupo de médicos del siglo IV a. C., mientras que el profesor Gargantilla señala que el juramento es en realidad un texto pitagórico anterior a Hipócrates. En cualquier caso, ha sido utilizado durante siglos por jóvenes médicos que se comprometían a cumplir ciertas obligaciones y prohibiciones: no practicar ni eutanasia ni aborto, respetar al paciente y a sus familiares, mantener el secreto profesional y buscar siempre el bien del enfermo. Lo que hace sospechar que el texto no pertenece a Hipócrates es que algunas de las prohibiciones del juramento no se ajustan a ciertas prácticas no censuradas por Hipócrates, como el aborto o los métodos anticonceptivos.

Una de las obligaciones que juraban los médicos realizar se refiere a la enseñanza del arte de la medicina:

Instruiré con preceptos, lecciones orales y demás modos de enseñanza a mis hijos, a los de mi maestro, y a los discípulos que se me unan bajo el convenio y juramento que determina la ley médica, y a nadie más⁹.

Supongo que Serófilo faltó al juramento.

Serófilo fue el maestro de Agnódice. En el siglo IV a. C. la práctica de la medicina en Atenas estaba aún sin regular. Eran muchos los charlatanes que se hacían pasar por médicos sin tener los conocimientos necesarios para sanar. Sin embargo, sí existía una prohibición relacionada con la práctica médica, la que impedía a la mujer el ejercicio de esta profesión. Si bien es cierto que las mujeres de Atenas sí podían atender a ciertos partos, aquellos que no presentaban complicaciones, y, en caso de que estas aparecieran, tenían que buscar la ayuda de un profesional varón. Cualquier otra intromisión de la mujer en la práctica médica estaba castigada con la pena de muerte.

Agnódice se atrevió a burlar la ley. Fue instruida por Serófilo para atender a partos simples y complicados y para asistir a cualquier patología relativa a la medicina interna o a la cirugía. Aconsejada por Serófilo, se disfraza de varón y se inicia en el arte de sanar, dedicándose a la ginecología y la obstetricia. Pronto su fama crece entre las mujeres de Atenas, principalmente entre las aristócratas, por el trato que da a sus enfermas, su

⁸ A. S. Lyons y R. J. Petrucelli, *Historia de la Medicina*, Doyma, Barcelona, 1980, pág. 196.

⁹ P. Gargantilla Madera, *op. cit.*, pág. 95.

delicadeza y dedicación, diferente en sensibilidad a la práctica médica de los varones.

Sin duda, esto provocó los celos y la envidia de los médicos, especialmente de aquellos que veían cómo perdían a sus más pudientes pacientes, y con ello su prestigio y su dinero. Era necesario deshacerse de aquel jovencito que en tantas dificultades estaba poniendo a la clase médica. Agnódice fue acusada ante el Areópago de prácticas ilícitas, de corromper a las mujeres a las que atendía.

La única posibilidad que tenía Agnódice para demostrar su inocencia era revelar su condición de mujer; pero si lo hacía se acusaba a sí misma de otro delito aún más grave, el de haber burlado la ley ejerciendo la medicina, pudiendo por ello ser castigada con la pena de muerte.

En presencia de los ancianos del Areópago, Agnódice decide defenderse de la falsa acusación, y muestra su cuerpo desnudo. Su maestro Serófilo y una multitud de enfermas agradecidas defendieron con tal vehemencia el brillante desempeño que había realizado de su profesión, que el Consejo de Ancianos la perdona, deroga la antigua ley y la autoriza para continuar ejerciendo la profesión de médico.

De esta forma Agnódice abre el camino de la feminización de la medicina, un camino sin duda lleno de obstáculos y dificultades, al que se han enfrentado numerosas mujeres a lo largo de la historia¹⁰.

También se encontraban en dificultades, aunque de un carácter muy diferente, los enfermos romanos antes de la llegada de médicos griegos. La racionalización de la enfermedad llega a Roma casi con dos siglos de retraso, mientras tanto quienes padecían enfermedades podían encomendarse a los dioses, que competían con ciertos individuos marginales, pues si la ira divina no cesaba, la esperanza de curación podían depositarse en los médicos callejeros, charlatanes que utilizaban la magia y la superstición. Y si así la dolencia se mantenía, al enfermo sólo le quedaba el lamento por el dolor incesante o la resignación en espera del fatal desenlace. Pero también es cierto que si el enfermo pertenecía a una familia con algo más de sentido común, era el *pater familiae* el encargado de poner fin al mal que alteraba la vida familiar. Este hacía uso de los conocimientos basados en la experiencia empírica heredada de sus antecesores. No es de extrañar, por tanto, que la llegada de los médicos griegos supusiera un gran alivio para los romanos, enfermos o sanos. El mismo Plinio en el siglo I d. C., cuando ya la situación era indudablemente mejor, escribió: « El

¹⁰ Sobre la feminización de la medicina, v. A. Rodríguez Cabezas *et al.*, *Mujeres en la Medicina*, Grupo Editorial 33, Málaga, 2006.

pueblo romano estuvo durante más de seiscientos años no sin medicina, sino sin médicos»¹¹.

Lo que en la práctica viene a ser lo mismo. Y esta es la razón por la que antes de la llegada de los médicos griegos, los romanos importaran al mismo Asclepio. En torno al año 295 a. C. una epidemia de peste asoló Roma. Incapaces de ponerle freno y habiendo ya perdido la confianza en sus propios dioses, se envía una expedición al templo de Epidauro para pedir a Asclepio que pusiera fin al mal que asolaba Roma. Ya de regreso y cuando la nave remontaba el Tíber, cuenta Tito Livio que una serpiente sagrada saltó al agua y se dirigió a una isla que se encontraba en el centro del río. Justamente allí se construyó un templo en honor al dios Esculapio (versión latinizada de Asclepio) y, como es de esperar, la epidemia cesó.

Poco después de que arribara a Roma el dios, llega el primer médico griego, Arcagato de Esparta, en el año 219 a. C. Fue recibido con gran expectación, más cuando de sus primeras intervenciones quirúrgicas se obtienen resultados admirables, debido al cuidado y a la delicadeza con que suturaba las heridas. Fue entonces conocido como el *vulnerarius*. Pero parece ser que el cirujano fue ganando en autoconfianza y autoestima y atreviéndose cada vez a realizar intervenciones más arriesgadas y complejas. Los resultados fueron ahora lamentables, con altos índices de mortalidad y gravísimas secuelas en quienes lograban sobrevivir. De ahí que el *vulnerarius* empezara a ser conocido como el *carnifex*. Más de un siglo tendría que pasar hasta la llegada de otro heleno.

Mientras tanto la medicina helena se extendía por Alejandría. En el siglo III a. C. Herófilo y Erasítrato estaban convencidos de que el fundamento del diagnóstico se hallaba en la anatomía. Herófilo estudia el cerebro, ubica ahí la inteligencia y describe muchas de sus estructuras, como por ejemplo *la prensa de Serófilo*, el concluyente venoso posterior al cerebro. Estudia también el globo ocular, los órganos sexuales y el intestino delgado. El *duodeno*, término con el que se conoce a la primera parte del intestino, fue así denominado por el anatomista. Se interesa por el pulso y su sincronía con los latidos del corazón, para lo que se sirvió de un reloj de agua.

Erasítrato se opone a Hipócrates. Deduce de las autopsias que muchas enfermedades son originadas por las deformaciones de los órganos y no por la desproporción de los humores. Con él se inicia la escuela solidista, aquella que da relevancia a las partes sólidas del cuerpo en el origen de las enfermedades y trastornos. A él se debe el término *parénquima* —tejido

¹¹ A. S. Lyons y R. J. Petrucelli, *op. cit.*, pág. 231.

de un órgano— , la descripción de las válvulas cardíacas y el cerebelo y la distinción entre venas y arterias, y nervios sensitivos y motores.

La importancia que en este siglo se dio a los estudios anatómicos cayó en descrédito casi un siglo después. Se funda la escuela empírica, que sostenía que la medicina debía basarse en las observaciones realizadas por médicos anteriores y en la experiencia clínica individual. Es decir, sólo se utilizan aquellos remedios ya refrendados como curativos. Dejaron por tanto de realizarse autopsias y disecciones de cadáveres. Representantes de este periodo son Serapión y Glaucias.

La medicina griega tamizada por la alejandrina llega a Roma. Supongo que los romanos habían olvidado ya las carnicerías de Arcagato de Esparta y recibieron con espíritu renovado al que llamaron «el mensajero del cielo». Asclepiades de Bitinia se instala en Roma en el año 91 a. C. Dado el sobrenombre con el que fue conocido, es de suponer que su práctica médica fue notablemente eficaz, y que a pesar de rechazar las teorías de Hipócrates sí coincidió con él en las cualidades que debía mantener el médico en su relación con el enfermo. «El mensajero del cielo» era un hombre afable en el trato, de aspecto siempre pulcro, enérgico y con un gran encanto personal. Es cierto que Galeno diría de él, doscientos años más tarde, que era un charlatán, sin embargo este calificativo debía justificarse más en su rechazo a Hipócrates que en las características de su personalidad.

En relación a su práctica médica, Asclepiades era seguidor del alejandrino Erasítrato. No obstante aplicó el atomismo a la medicina, basándose en las ideas de Demócrito. El cuerpo estaba formado por un conjunto de partículas invisibles, átomos, que se encontraban en continuo movimiento y entre las cuales circulaban los líquidos corporales. La enfermedad se producía cuando el movimiento de los átomos era desordenado y caótico, por eso la labor del médico consistía en devolver a los átomos su equilibrada actividad. Para lograrlo utilizó métodos nada agresivos, como dietas, ejercicios, masajes, música, cánticos y medicamentos nada violentos.

No todos los médicos de la época rechazaban la doctrina hipocrática. Los dogmáticos basaban su actividad en la observación del enfermo y sus síntomas. Tal es el caso de Areteo. Su principal aportación ha sido la detallada descripción de importantes enfermedades, como la gota, el asma, la diabetes, el tétano, la lepra, la difteria, la tuberculosis pulmonar. Sin embargo, lo que puede parecer más sorprendente es que advirtió que la hemiplejía aparece en el lado opuesto al hemisferio en el que se producen las alteraciones cerebrales.

Fue tal la importancia de los médicos griegos de esta época, que en el año 46 a. C., cuando Roma se enfrentaba a una terrible hambruna que

menguaba alarmantemente la población, Julio César ordena el destierro de los extranjeros, exceptuando lógicamente a los médicos griegos.

Los dioses y los charlatanes dejan poco a poco de recibir consultas, y los *pater familiae* se ven liberados de la responsabilidad y de la aversión por este trabajo, que aunque curativo, ensuciaba la más de las veces sus manos. Las mujeres seguían ensuciándose cuando asistían a los partos. La mayoría de las que practicaban la medicina ejercían la labor de comadronas e incluso algunas fueron consideradas como médicos¹².

A pesar de los avances, la ciencia médica seguía siendo precaria. Muchos enfermos padecían enfermedades incurables y eran desahuciados, otros muchos lo eran tras ser sometidos a intervención quirúrgica. La mayoría no recibía ninguna atención al encontrarse en este trance, por eso optaban por la *mors tempestiva*. Mejor la muerte que el abandono ante una enfermedad de la que no se tenía certeza de cuándo sería su final pero sí cómo sería.

A medida que el Imperio crecía, la cirugía fue perfeccionándose. El número de heridos en las continuas campañas del ejército de Roma era incesante. Los cirujanos pudieron perfeccionar sus técnicas así como requerir un lugar en el que atenderles. Las *valetudinarias*, los hospitales militares, fueron el germen de los hospitales civiles, construidos mucho después. Se tiene conocimiento del primero que fue construido en Roma en el año 394 por la patricia cristiana Fabiola.

Galeno (s. II d. C.) pone fin al periodo creador de la ciencia médica de origen griego. Nace en Pérgamo en el seno de una familia acomodada. Su padre, arquitecto y terrateniente, se ocupó desde un principio de la educación del joven, enviándole a estudiar a las más afamadas escuelas filosóficas de la época. Parece que en un inicio el padre había determinado que el joven fuera filósofo, pero, según cuentan, una noche el progenitor tuvo un sueño en el que el mismo Asclepio recomendaba la formación en medicina. Soñado y hecho, ¡qué remedio!, primero en Pérgamo y después en Alejandría.

A los 17 años Galeno era ya el médico de los gladiadores de su ciudad natal. Los cuatro años que dedicó a restaurar las indisposiciones de los luchadores, los miles de remiendos y puntadas que empleó para reparar los órganos descompuestos o rotos, hicieron de él un experto traumatólogo. Pero su dedicación no se limitaba a componer los destrozos, también

¹² Las mujeres tendrían que esperar hasta el siglo XI, cuando son admitidas como alumnas en la Escuela de Salerno, siendo instruidas en medicina general y no sólo en ginecología y obstetricia como era la práctica general. Cf. A. Rodríguez Cabezas *et al.*, *Mujeres en la Medicina*, Grupo Editorial 33, Málaga, 2006, págs 35-38.

exigía la preparación física de los luchadores, insistiéndoles en la importancia de la dieta y la higiene para mantener el cuerpo en forma.

Tras un breve viaje a Roma de ida y vuelta, decide instalarse allí definitivamente. Su fama fue creciendo por lo acertado de sus diagnósticos, como el que se cuenta del filósofo Eudemo, que padecía una parálisis de los tres dedos de la mano, cuyo origen señaló Galeno que se encontraba en una lesión en la columna vertebral. Fue el médico personal de Marco Aurelio, Cómodo y Séptimo Severo. En una ocasión Marco Aurelio, que padecía ciertas molestias epigástricas, manda llamar a Galeno quien le recomienda: «Si el enfermo fuese un gladiador yo le prescribiría vino caliente con pimienta, pero como sois un emperador será más adecuado a vuestro rango un paño empapado en aceite templado sobre el estómago»¹³.

Galeno sigue una versión de Hipócrates actualizada por los avances de la medicina alejandrina. Escribió más de 450 obras, de las que se conservan 150, sobre anatomía, fisiología, patología, terapéutica, higiene, dietética y filosofía. Fue tal la importancia que se dio a sus investigaciones que quince siglos después sus trabajos se seguían considerando como de autoridad. Una autoridad a veces llena de errores y falsos supuestos, que debió ser desmontada y revisada¹⁴.

Como la disección de cadáveres humanos estaba prohibida, Galeno utiliza en sus investigaciones animales, principalmente monos y cerdos, vivos y muertos. Esta es indudablemente la clave de muchos de sus errores, pues al describir los órganos humanos partía del supuesto de que eran similares si no idénticos a los que había observado en los animales. Sin embargo, otros grandes errores tienen diferente motivo, que es simplemente la arrogancia de un científico que fuerza sus descripciones, con estructuras inexistentes, para corroborar sus teorías. Por ejemplo, Galeno describe pequeños orificios entre la cavidad izquierda y derecha del corazón, pues suponía que la sangre pasaba de un lado a otro de esta víscera.

Siendo justos con el científico, también deben reseñarse sus aciertos. Sospecho que estos se debieron a las ocasiones en las que sí pudo realizar observaciones directas del cuerpo humano, especialmente en su época de médico de gladiadores. Valga lo siguiente: las venas están conectadas con el corazón; los nervios salen del sistema nervioso; las pérdidas de sensibilidad y la parálisis suceden a causa de la sección de determinados nervios de la médula espinal; la orina se origina en los riñones y no en la vejiga.

¹³ A. Rodríguez Cabezas *et al.*, *Historia Ilustrada...*, pág. 50.

¹⁴ Galeno no fue criticado hasta el siglo XVI por Vesalio, anatomista del Renacimiento.

Galeno también completó la descripción con la que Cornelius Celsus un siglo antes representó la inflamación: *rubor et tumor cum calore et dolore*, a la que añadió la disminución de la función.

El ginecólogo Sorano de Éfeso compartió siglo con Galeno. De él puede decirse que fue el primer planificador familiar conocido, pues propone un cómico método anticonceptivo. Nada más culminar el acto sexual y con el objeto de expulsar los espermatozoides, las damas debían toser repetidamente, saltar con vigor y estornudar con fuerza. Demasiado esfuerzo el de las romanas.

Muchos otros galenos de esta época juraron por Apolo. Todos fueron brillantes, inquietos, dedicados con disciplinado talento a aliviar el dolor y el sufrimiento de quienes lo padecían. Todos somos deudores de su esfuerzo, de sus aciertos y sus errores, y de haber conseguido que el hijo de Apolo sea honrado por sus logros. Sean ellos también honrados por nosotros: «Si observo con fidelidad mi juramento, séame concedido gozar felizmente de mi vida y profesión, honrado siempre entre los hombres [...]»¹⁵

BIBLIOGRAFÍA

- Gargantilla Madera, P., *Manual de Historia de la Medicina*, Grupo Editorial 33, Málaga, 2008.
- Lyons, A. S. y Petrucelli, R. J., *Historia de la Medicina*, Doyma, Barcelona, 1980.
- Laín Entralgo, P., *Historia de la Medicina*, Salvat, Barcelona, 1982.
- López Piñero, J. M., *Historia de la Medicina*, Historia 16, Madrid, 1990.
- Pollak, K., *Los discípulos de Hipócrates*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1969.
- Rodríguez Cabezas, A. y Rodríguez Idígoras, M., *Historia Ilustrada de la Medicina*, Algazara, Málaga, 1996.
- Rodríguez Cabezas A. y Rodríguez Idígoras M., *Historia de la Cirugía*, Academia M. de Ciencias y Humanidades Santo Tomás, Málaga, 2000.
- Rodríguez Cabezas A., Rodríguez Idígoras, B y Rodríguez Idígoras, M., *Mujeres en la Medicina*, Grupo Editorial 33, Málaga, 2006.

¹⁵ P. Gargantilla Madera, *op. cit.*, pág. 95.